

KAMAU BRATHWAITE

## Tía Lucille\*

*Nosotros también hemos compartido sus admoniciones  
la hemos mirado con algo de respeto  
hasta los años vegetales*

*demandando raíces más profundas  
una cobertura más dura  
más allá de su suave modo de mando*

*la hemos modelado  
en un símbolo en una silenciosa sonrisa  
vigilando el jardín*

*. y abandonando y apartándonos . hemos hecho de sus preocupaciones .  
una mano que se desliza sobre la piel  
de nuestras locas mentiras sin fundamento*

\* Estos poemas aparecen en el libro *Elegguas*, editado por Wesleyan University Press (Middletown, Connecticut) en el año 2010.

Revista Casa de las Américas No. 266 enero-marzo/2012 pp. 61-63

# Elegía para Rosita

*Que de repente ella esté quieta  
con su quietud su luto  
no puedo pensarlo*

*no puedo saber  
la ansiosa peregrinación de la sangre  
que solo encuentra la aguada consolación del médico  
y así regresa en crisis a la desvalida vida  
posada en el precipicio del desgarramiento de su corazón*

*Que ella repentinamente venga  
a la puerta del final de su dolor  
no puedo pensarlo*

*Ni puedo rezar que la mañana no  
levante el duelo de su cabeza  
ni fuerce los soles hasta sus ojos*

*para decir que ella no está muerta*

Cambridge

Oct. 1951 rev Cowpastor 28 dic 98 12 feb 90 . para Richard Clarke

# Carta a Zea Mexicano

## La travesía

*T*arde una tarde llevé a la Tía May & DreamChad hasta Hardwar Gap & el Parque allí Desde donde estábamos había un suave valle armonioso & más allá al mismo nivel q/ nosotros un bosque neblinoso & se podía ver un camino & la luz bajo los árboles en la distancia pero era como allí & no podías ver la conexión cómo llegó donde estaba < cómo podías llegar hasta allí & no había nadi(e) allí Solo paz Como si **allí** << fuera donde ella se alejaba de nosotros pero quizá esperando pero cada día poniendo más & más distancia & poniéndose más & comprometida c/ lo que estaba ocurriendo allá & encontrando a la gente allá & llegando a conocerlos & su Madre eventualmente recibiendo la noticia de que ella había llegado & preparándose a < encontrarla en ese paisaje allí tan cerca tan tan lejos en el verde verde sol poniente para siempre & para siempre< Heartease **Q**ue es donde ella está / en esa suave distancia que brilla & de repente estoy & finalmente feliz & muy muy triste & solitario al mism(o) tiempo porque ella se siente tan sola pero de algún modo en paz & no había nada que yo pudiera hacer ya < nada que yo pudiera hacer jamás & jamás sino perderla & ese modo en que yo podía verla no verla & más allá de ese valle aquí alto en

*Blue  
Mountains.*

de ZMO – la última secuencia – NYC junio 03 . 07 **C**

Traducido del inglés por Adelaida de Juan

## Cadáveres en Copenhague\*

*Hemos llegado a la ciudad  
Cuyo enigma radica en mostrarse deshabitada.*  
HUMBERTO VINUEZA

De haber sido metales, se hubiera pensado en algo próximo a una imantación, pero eran plásticos. Hablamos de una montaña incandescente. Una elevación colosal de envases vacíos de botellas de coca cola pepsí fanta mirinda pasodelostoros sevenup... Hablamos de una perturbadora montaña rodeada del monte degradado, como a ciento treinta kilómetros del pueblo más cercano.

Me están llevando ahora en un vehículo militar a estudiar este «espectáculo». Debo dar respuesta del absurdo, de lo incomprensible, del porqué en este monte xerófilo, hecho como de las sombras de los árboles que faltan, apareció esta montaña de envases plásticos. El cálculo dado por mi oficina técnica es que se necesitarían 6.913 camiones para vaciar una carga similar de envases usados y sin aplastar como estos, a doscientos tres kilómetros de la ciudad de Santiago del Estero. El vehículo *cuatro por cuatro* da barquinazos en un camino de tierra. «La culpa es de su bisabuelo, lo dijo usted, no nosotros», me sorprendieron antes de invitarme a estudiar el fenómeno. «¿Pero mi bisabuelo no murió hace un siglo, cuando el plástico siquiera constituía una especulación teórica?».

Soy ingeniero, casado, dos hijos y vivienda propia con aspiración a ser el cuerpo del placer familiar. Estamos llegando... La montaña brilla embarazada de sol. Es irritante ver sus destellos sin un Mesías. Como una ciudad imaginada por Arthur Clarke antes de escribir su *Odisea en el 2001 espacial*. La montaña tiene láminas de luz, por momentos hay como un paroxismo, pero según se mueve el

\* El autor argentino nos hizo llegar este relato el 17 de septiembre de 2011, pocas semanas antes de su fallecimiento.

sol palpita y se sacude encendida, hecha enteramente de fósforo. El automóvil del que descendemos parece una hormiga parada ante un elefante de luz. La elevación cubre en los alrededores a los últimos árboles de quebracho, la más dura madera del mundo entorpecida ahora por este crecimiento anómalo de la química industrial. Alrededor, viento y polvo mezquino. Entretanto, las botellas transparentes, coloridas y grandes, de exbebidas con gas mueven a risa, son un disparate. Sin embargo, la temperatura es mayor por la concentración de rayos infrarrojos, de manera que ejecuta una sonata para una sola cuerda, la del desierto que, en unos meses, convertirá esto en una ficción, algo voluble y vacío. Resulta imposible pensar que alguien, de tener tanta basura, la arrastre en tantos camiones pudiéndola enterrar en la ciudad o quemar, porque finalmente las prohibiciones ambientales son vulneradas o compradas por el dinero. Tampoco hay demasiados reglamentos ecológicos en este país para quemar, aunque liberen la dioxina venenosa. Quien haya arrojado estos envases, ¿por qué no los aplastó y luego revendió al peso? ¿Transportarlos en camiones hacia montes donde tampoco caben grandes vehículos en las imponderables sendas? La enormidad, indescifrable para mi oficina que ni siquiera es de protección ecológica, sino de evaluación de daños ecológicos porque no tenemos presupuesto ni vocación para más, me dio la tarea de calcular con un compás en el mapa las coordenadas del basural. Yo fui quien pronunció ante los técnicos, trazando el círculo rojo: «Es el lugar de mi bisabuelo». ¿Su bisabuelo? Me lo preguntaron otra vez en una casa rodante con aire acondicionado, ante políticos a cargo de resolver la «mentira» o en todo caso esta «farsa» de montaña artificial esperando afuera. Treinta y seis metros de altura y treinta y dos hectáreas de diámetro en reverberantes.

Justamente se decía de mi bisabuelo, José María del Campo, cura, militar y gobernador tres veces en la provincia de Tucumán, que no era tan fanático como adicto esporádico a las piernas de las indias y de sus señoras amas asimismo, un devoto de la preñez siempre, remojándose en ellas como en bautismos y para ellas casi una evidencia de la exquisitez del milagro. Las despertaba en la piel a las hembras del Norte, en los vellos y el alma. Las volvía una categoría inhóspita con sus maridos, novios o amantes. Un ser se diría que, pese a todo el silencio suyo, no era frívolo sino al contrario, un refractario al desorden. Creía en la familia, aunque la suya había confiado en él como militar por su fervor religioso, y la patria había confiado en él como gobernador por su incondicionalidad militar, así que sin desmayo el pueblo confiaba a él su destino por ser un macho capaz de enamorar con los ojos entristecidos a ellas o hasta ellos. De allí que José María del Campo fuese un atormentado por una flaqueza heredada de la familia y del patriarca. O algo. Tenía en los ojos hermosos esa tristeza magna que da la bastardía, mitad audacia y mitad furor. Su secretario, en la marcha militar, había dejado constancia de las coordenadas del monte contra las tribus matakas. Algunas endeble citas sobre lo que allí pasó, y la frase congelada de don José María: «Nadie va a enterarse de esto».

El secretario quiso anotar y luego, como arrepentido, tachó, porque las generaciones venideras de cualquier forma no le creerían, así que llenó de tinta exorbitante las hojas.

Ese amanecer en el monte, don José María del Campo, atribulado de cielos blancos, rasgadas en sangre al atardecer las nubes por las cactáceas, no arengó a sus tropas. Ordenó mudanza de campamento y que se metieran más adentro, a otro monte tan hambriento de agua, tan lastimado de púas que, apisonado con la máquina del sol, se veía como a prueba de irrealidad. Don José María querellaba contra sí desde el amanecer. Todo ese largo amanecer hasta que ahora atardecía con plumas, perlas y arterias cortadas manchando el espacio de esta extraña ciudad deshabitada con sangre. Había amado él a una muchacha india con desgano en su catre. Ella no era barragana blanca a la que el Gobernador pudiera bendecir como cura. Más bien un ser que le dijo en su idioma de castellano mal parido: «Amo, vos estás muerto». Y untuosa quiso amarlo como para revivir algo inútil. Él separó la gelatina de esas dos piernas olientes a flores podridas y pareció arrepentirse. Incorporado de un salto, se afeitó la cabeza con una tijera de trasquilar lana.

Sus hombres estaban armados de carabinas y oscuridades. De lanzas e incomprensión. Sus hombres lo miraban esperando algo de ese jefe con la mirada como de raíz. Sobre todo porque atardecía de cielos colorados y hambrientos. Nadie de sus hombres quería un mal palpito, pero allí estaban, arrastrándose como víboras.

Encabezaba la marcha de sus hombres denunciando *quid pro quo* confusiones y bancarrotas. ¿Adónde no iban? El secretario sabía desde hacía ese largo mes que don José María había perdido la emulsión del semen, o el deseo. Es lo que el secretario dudaba. Porque en un casi «maricón» así, el pueblo le retiraría la confianza al gobierno, el país le quitaría la confianza a la dirección de las armas, el ejército le retiraría la confianza a su fe religiosa inquebrantable. Es obvio que esta expedición contra la indiada, José María la protestaba contra sí mismo. Por eso este atardecer ya siquiera tenía la dulzura clásica en sus ojos claros. Bebió un litro de café amargo y murmuró algo. Bebió una cantimplora de agua salada, porque ser bastardo del patriarca tarde o temprano hará un jolgorio de su ánimo quebrado. Pero evitando lo soez, sobre todo las palabras malas. Creía en Dios como un niño y bebió medio vaso de orín de mulas que curaba la melancolía. Era un hecho. Al despedir a la indiecita como descuidado, le obsequió un perfumero vacío.

Crispados y molidos, los hombres sangraban entre las púas sus hilachas, mascullando, con odio mascullaban contra este «impotente» que bebió, luego de la mitad del orín, seis cucharadas de vinagre para dirigirlos. ¿A dónde? El secretario dijo que se acercaba un final. Lo dijo como para dos o tres. Anochecía y entraron a las coordenadas del postrer campamento, sitio desde donde estoy descubriendo ese monte convertido en basural de botellitas plásticas. Paisaje desautorizado a cualquier cabriola de pájaros, porque de los vegetales perdidos sería ridículo siquiera hablar, y alzo esta botella de cocaola vacía sin que la gendarmería lo obstaculice con las armas, porque entiende, seguramente, que soy el principal «investigador». El recipiente tiene un reflujo morado dentro, como si al retirarse las aguas de la costa del mar, quedara la cocaola bañando los corales.

En la oficina saben de la hilarante frase mía: «La culpa de mi bisabuelo es haber muerto hace un siglo». Hablo de José María, del que nadie recuerda o reconoce siquiera, en la historia, alguna historia. Ni de sus ojos. Una ménsula de carcajadas, reprobación e incredulidades se cortaron entre los escritorios. Pero al llegar al basural los expertos internacionales que sirven para justificar viáticos internacionales, el asunto saltó a la prensa sensacionalista, y la televisión de Buenos Aires adiestrada en el plástico fosforescente de Gran Hermano, mandó móviles a mil doscientos kilómetros, algunos de los cuales por su peso no pudieron siquiera entrar hasta el ilógico lugar donde estamos. Un filósofo recién llegado se refirió a lo «insondable». La especulación más firme iba en dirección a una *inteligencia extraterrestre*, algo como un símbolo caído desde el anchuroso océano del cosmos para dar cuenta de la excomunión humana con su planeta. Se estableció de inmediato un campamento con especialistas en cualquier cosa a unos dos kilómetros del extremo oeste del basural. La televisión transmitía en directo. Había antropólogos becados por universidades de la costa este de los Estados Unidos, ecólogos bisoños y tenuous, ingenieros de plantas industriales del plástico, funcionarios gubernamentales —una colección—, periodistas, informadores, corresponsales extranjeros... Técnicos de una empresa de petróleo ejecutaban un cateo en la «montaña», porque al descubrirse que el basural bajaba hacia la profundidad del suelo, hacia un pozo que se estrechaba en el centro hasta tocar los trescientos metros y el descenso continuaba, quedaba la opacidad de saber si la compañía militar dirigida por José María del Campo, hombres inocuentes, las gargantas ennegrecidas, ya había visto el pozo al que más tarde cayó el botellerío desordenado y sucio.

Me entrevisté con el ministro de Medio Ambiente, llegado con una casa rodante de origen alemán, tres habitaciones y dos baños, uno con jacuzzi. «Son los ovnis», asumió justiciero, censurando esa intromisión extraterrestre en los asuntos internos del país o porque estaba junto al comandante de la gendarmería que dirigía las operaciones de represión a dos «cartoneros» llegados desde lejos en pequeños carros tirados por equinos macilentos buscando material para revender, porque sin recibir aún los resultados de laboratorio desde la Capital sobre si hubiera radioactividad o ántrax o algo depositado en los residuos, nadie estaba autorizado a levantar nada.

El de gendarmería, implacable en su silencio definido como personalidad específicamente coercitiva, ordenó que me sirvieran un café en medio de ese arremolinamiento de gente amonestándose a codazos y fotógrafos acusando con flashes mi llegada. «El tipo del bisabuelo», me nominaron de inmediato sin vergüenza. Yo era como el traje y la mirada, semen y muchedumbre de bestias que seguían a mi bisabuelo a «ese pozo». Por lo menos ellos desvariaban, pero yo parezco un idiota en medio de idiotas. Me niego a declarar y el ministro de Medio Ambiente me conduce a su domicilio acondicionado. El calor del monte, multiplicado por la fosforescencia de los envases, trae sensaciones a crepúsculos de la vida. Por un momento me falta la respiración. Sufro un mareo. Homero no alertó sobre esto en su *Odisea*, aunque advirtiera de los dioses plásticos que juegan a ser humanos. El sol se hunde ampollado entre los destellos del

botellerío y una aureola amarilla *luminesce* la atmósfera. Argumento que estoy cansado. «Está cansado». Estoy espantado. La casa rodante del ministro es un sosiego de aire fresco y comodidades perfumadas. Pero el olor afuera, tan contestatario como de un mundo inflado de sintéticos inodoros, inhalantes de bebidas colas despojadas de cualquier naturaleza, y residuos a colorantes naranjas de «naranjadas» etcétera.

Sentado en un sillón estupendo, me sirven whisky con hielo y digo, provocador, sobre Sísifo, hijo de Eolo y rey de Corinto. ¿Qué? Sísifo, insisto, el condenado al infierno porque subía una enorme botella plástica de pepsi hasta la cumbre y una fuerza poderosa de los dioses enojados le empujaba desde arriba el recipiente que caía rodando a la empresa embotelladora desde donde él volvía a recogerlo y empezar... Me miran como a un estúpido. Tienen razón. La secretaria jovencita del ministro se ríe como bailarina en un concurso televisivo de caño. Entonces cuento, sin pudor, una parte de la historia de mi bisabuelo en este sitio en que nos hallamos. Un patricio, digo antes como para que se lo tenga en cuenta, pero bastardo del gran tronco familiar. Un personaje que dista de ser un bicho viviente, aseguro. Empiezan a aburrirse.

Marcha montado a su caballo protegido por escudos de suela, y sus hombres que recuerdan de José María del Campo un duelo singular, cuando las hormigas rojas iban detrás de una lombriz. ¿Tanta impotencia existe en una víctima? Constituida de tierra misma, sin poder ver a sus contrincantes, se estiraba, corría serpenteando, alargaba sobre sí ondulándose, pero la fresca humedad del cuerpo y esa coloración de vulva atraían fuertemente a los insectos rojos. Tomando la forma de una cuerda de saltar, la lombriz brincaba dolorida en el aire por las picaduras, se enrollaba, contorneaba sin sacarse a las bestias de encima. Le estaban devorando la cola y ella que seguía reptando hasta que, de golpe, se detuvo como abatida y, en unos minutos, desapareció en el vientre de los insectos. José María, el comandante de esos hombres, se vio cuerpo de lombriz; era cuestión de tiempo y el tiempo, un reloj de mistoles. Cada tanto los escuchaba desde el fondo del monte. Caía un fruto maduro rebotando en el polvo. Enchastraba al polvo con jugos viscosos y desaparecía. ¿A cuál pozo los llevaba este hombre, por más que sea cura, militar y gobernador tres veces?

Trataba de capturar indios matacos y, para ello, se había adentrado en este chaco llevando a otros indios enemigos como guías, harapientos, de indefinibles tribus, y dos mozos de mano que, semidesnudos, abrían a machetazos el monte. Era enero. Estaba casi seguro de que sería el mes de enero porque su secretario se lo dijo o porque el aire se laminaba en calores hasta un punto en que se lo veía pararse como por fuera de sí. Un aire embalsamado. Por momentos el fondo del paisaje se reflejaba en una balsa de agua, un espejismo, y la imagen invertida parecía huir del espectador en tanto él se aproximaba. La densidad del aire era un colchón irrespirable. Los hombres tenían más sed que los animales, y llegaron a un pozo como sin infancia, como si desvariara hasta meterse en el fondo de la tierra. Rodeaban al pozo lentos, entre pencas de brazos gordos, observantes de esta hilera de animales en marcha. A José María, el semental

joven de la familia heroica, protagonista de la guerra contra las montoneras, la eminencia del silencio y el milagro del pozo le había rechazado la libido, ni siquiera había copulado a la indiecita esa noche, no se le «paraba» al gobernante, y esto era la perennidad del pozo según sus hombres. Vejados por este atraso, por el talco en suspenso, por los quebrachos sangrando tanino, por este atardecer con griterío a chicharras apabullando las ánimas que caían al pozo gigante, José María sabía que los indios atacarían desde cualquier ángulo, porque se jugaban la vida, y de allí que él pidiese a Dios noches rápidas, sin luna, como para tirar de las riendas del caballo y apretar el gatillo del Smith & Wesson. «No, señor, si a un general no se le para sus tropas van al pozo».

A la izquierda del misterioso pozo oscuro él notó una luz. ¿Luz? Una cortina o algo que encandilaba de verde el paisaje. Especulaba sobre este otro obstáculo. Los caballos de los hombres se inquietaron. Algunos jinetes se persignaban ante la Madre de Dios, única madre que conocían y que se les aparecía como esta luz verde elevada hasta el reino del cielo. Eran soldados afrentosos, con babas en las comisuras de los labios si veían algo por robar y él, despótico desde los ojos, los seguía frenando hasta hundirles en el agravio una espada. «¡Recién el pozo y ahora la luz!», reclamaban. A veces sentían su infamia por no saquear como los otros ejércitos. Mascaban coca. Escupían acullicos verdes apestosos vaciados del narcótico por el polvo de la cal. Ordenó a sus hombres acercarse a «la gran luminosidad misteriosa» no muy lejos del pozo. Resultaba un bastidor fosforescente de media legua de fondo y un edificio como de Roma en altura. ¡Algo tan bello! Hermoso hasta para estos hombres que mataban la belleza en cuanto podían escupiendo y a lanzazos. Algo suprasensible. Un manto hecho de luz que, al entrar José María, se descubrió como compuesto de millones de insectos voladores con sus linternas verdes prendidas. Simplemente no podía creerlo. Una ameba de tucos, una ameba suspendida del monte sobre el inacabable pozo, un animal vivo hecho de luciérnagas con destellos intermitentes, que los quechuas llamaban *tucos* porque *tucu* significa brillante. Miles de millones de lamparitas fluorescentes se habían reunido a titilar. Como la huella de otro mundo o de este que nacía sin lógica. Florecimiento y mineral, alegría y desamparo, la vida reproducida con verdes y membrana, ciudades de artistas exaltados, y lo armónico que era desarmonía también. Una redención. El Verbo verde. José María del Campo sintió justamente los cruces del pasado. Un desapego que le permitía la conciencia de existir para hembras y machos que lo usaban ya para humanidad, ya como placer, como señor o como Dios. Él no había llegado al mundo para tan poco. Era privativo suyo estar allí y que algunos de sus hombres se persignaran: «Al gobernador ya no se le para más».

Se metió José María despacio hacia el interior del océano fosforescente. Se metió como al nacimiento de un mundo. Los tucos describían infinitas curvas y círculos y, tan pronto como la manga se extendía, volvía sobre sí concentrándose, abriéndose en dos, circulando en espiral a la manera de un fuego de artificio vivo. Los indios se reían. Era una asamblea cósmica, el plebiscito sobre lo inexplicable, la inmortalidad convocada por los insectos lucíferos de doscientas leguas a la redonda. Un gesto, asimismo. No había cómo durar dentro del tiempo.

«¡Es el país de los tucos!», gritaba en quechua un indio sin las dos orejas, como para que le oyeran por sobre el bramido de las alas. «¡Cada noche del verano se reúnen en este mismo lugar, capitancito!», informaba a José María. «¡Tucos más grandes y más vivos!», clamaba en su lengua. «¡Mientras que a los otros se los caza sencillo, a ponchazos; a estos de día, cuando duermen!».

*-Tucu-tuco, maipi tako tian.*

José María ordenó le tradujeran: tucu-tuco, muestra dónde están las algarrobas, capitán. Y el pozo.

Estuvo observando el fenómeno durante una hora larga, sentado en la tierra, reducido a nada, recordando costillares amarantos de su vida, y vio al semen seco en un miembro cenobita. Se vio huérfano otra vez. Escombrando entre las luces verdes metidas por su nariz, entre los dientes, bajo la camisa y sobre el pecho velludo, en su cabeza alumbrando documentos antiguos con farolitos. Mejillones, almejas de ojos que reían. Ese océano bailaba por él alrededor, y vio matar a su hija, una de ellas, por el mismo soldado, demasiado fuerte el golpe en la cara por bañarse desnuda en el río a la vista de sus hombres impregnados en ardor y mugre. Llamó al indio moto de las dos orejas ordenando cargar los rifles de repetición. Vio la separación con el todo. Sintió ser indigno de tanta hermosura. Su hija era suya, no de la visión lasciva de estas bestias armadas de lanzas y carabinas. Pero él no controlaba su exceso de fuerza, que le venía con los ojos.

Las armas esperaron cargadas durante un largo minuto. ¡Fuego!, gritó su orden, la de don José María del Campo, al centro del país de los tucos. Lo gritó como ordenando dar vida a una hija. Y disparó él primero los cinco tiros de su Smith & Wesson, y los soldados hicieron otro tanto. Pero con las descargas empezó a caer una lluvia. Una llovizna fina y helada. Una garúa de millones de millones de alas sobre el pozo profundo, como abierto hasta el centro de la tierra adrede. La caída del océano al pozo no duró más que unos minutos. Después la luz se eclipsó y anocheció grandioso. Alumbró él con fósforo al costado y pudo distinguir la alfombra gruesa de insectos caídos; muertos por vibraciones unos, agitándose otros en convulsiones agónicas, y los millones en efecto con las dos bolitas de luz perdidas.

Los indios, boquiabiertos, miraban el apagón.

José María se arrodilló sobre el colchón de cadáveres a rezar. Rezaba a lo niño, sin poder detener los espasmos en medio de la lluvia de muertos que seguían cayendo. Lloraba el fondo de un recuerdo, remendaba un agujero del odre para que no se le saliera el líquido, lloraba con el instrumento de hierro en la cabeza con que los encuadernadores forman la pestaña en el lomo de los libros y no podía parar. Su hija muerta tampoco tiene derecho a dejar de llorar. Estuvo así largo rato, hasta que sus pulmones se calmaron. Los indios extendían los brazos, con las palmas de las manos hacia arriba, tal cual se las abre para recoger una llovizna. Preguntaron a él en quechua el motivo del fusilamiento de los tucos. El desierto ahora oscurecido en cenizas, como en un duelo de caballos negros, no contestó. Había un olor injustificable a prehistoria.

El sombrero aludo del gobernador seguía ennegreciéndose con fusilados. Se puso de pie entonces, como respirando desde un pulmón de acero y, abulonado, también se paró sobre su caja torácica, inflexible, con presión de aire regulada por un recuerdo que, como un taco de madera aplastado a martillazos, se encaja en el centro de una cabeza. Se paró explicando de pie, contra las caras anonadadas de los indios, en voz alta, diciendo que se había propuesto con estos disparos averiguar hasta dónde alcanza el poder de las vibraciones en un espacio poblado de pequeños organismos vivos. Sus hombres le creyeron porque de lo contrario es que se le había naufragado el miembro del semen para siempre, murmuraron que esto daba cuenta de su fe en el triunfo, y el secretario mismo prefirió ignorar la monstruosidad de un ejército desolado por el ablandamiento de un jefe.

—¿Qué sacas tú con eso? ¿*Imattas sorkonqui chaian?* —observó el indio endurecido de la dos orejas sobrantes. Hablaba como por las dos orejas ausentes.

En adelante sabremos en qué casos habrá que abstenerse de disparar armas de fuego, quiso contestar don José María del Campo dando en cambio la orden de montadura y, cuando dejaron atrás el antiguo país iluminado, todavía seguían lloviendo cadáveres sobre el pozo. Y la «llovizna», en vez de crear una balsa de agua, formaba una montaña de botellas plásticas justo en Copenhague, donde fracasaba otra cumbre del cambio climático. ■



De la serie *Escuela de Ballet*: s/t, 1959.

ESTHER PHILLIPS

## La artífice de un ánfora

*E*stá juntando sus fragmentos,  
las ruinas de su historia.  
Anoche deambuló, adivinadora  
entre las piezas, y pudo convencerlos  
de que podrían vivir;  
renegó de las cortadas en sus manos  
y de la mancha de su sangre.

*Como una casuarina en el viento del este,  
su espalda se ha tendido para que todas las eras  
puedan venir a descansar sobre ella.  
Y entre las sombras de su rostro,  
de su mano, los hombres que moldeara  
en su vientre todavía esperan para beber de ella.*

*¿Dónde está el refugio que construyeron  
para sus tesoros, la belleza de su maestría,  
la intensidad de sus labores?  
¿Solo una choza desnuda se yergue frágil  
contra el temporal? ¿O acaso contra una súbita tiniebla?*

*Ella ni siquiera pregunta. Sabe  
que la creación es un combate: Sabe que una vasija  
nunca puede salir entera de la tierra.*

# Laguna

*para John Balaban*

*Que haya allí siempre un espacio  
que no puede colmarse del todo.  
Si el único hogar que tengo  
es el que inventa mi arte  
entonces allí habrá siempre  
una cama o una silla vacías.  
Que el rayo de luz, púrpura o dorado,  
o el verde destello  
de un perfecto atardecer,  
no aparezcan o tal vez lleguen  
segundos antes de que mis ojos  
los hayan podido contemplar.*

*Me desenvuelvo mejor en el resquicio  
en el paro  
en la pausa  
entre  
una palabra pronunciada*

*y su significado;  
un amor perdido,  
un ritmo  
tan común como el aliento*

*jadeante.*

*Es el interludio.  
Es el interludio  
lo que puedo arreglar  
o hacer a mi manera.*

## Contrarios II

*En algún lugar  
alguien nombra y amolda  
observa un amanecer  
camina a la orilla del mar  
saboreando colores  
forma y movimiento*

*Pero en el fondo  
ella siente el regaño  
la confusión  
la precaria justicia  
las tinieblas  
Nadie puede aprehender  
lo que siempre está al acecho  
para guiar la pluma del poeta. ■*

Traducido del inglés por Nancy Morejón

## Un mundo infeliz\*

Al segundo día de marcha seguimos esperando que llegaran los camiones. Venían de la ciudad más próxima, nos dijeron, pero durante toda la tarde, antes del anochecer, cuando se decidió que pernoctaríamos en la carretera después de confirmarse que la noche prometía ser cálida gracias al cielo limpio y estrellado, custodiados en una especie de cerco que cubría a lo largo y a lo ancho los límites de la caravana, nos dijeron que habían tenido problemas imprevistos. Por ahora, no había manera de acercarlos. Lo mismo nos dijeron al tercer día. Hasta el anochecer recorrimos sendas de lodo y piedras y tramos alguna vez asfaltados, atravesamos caminos polvorientos y salimos de nuevo a carreteras despobladas, adaptándonos al ritmo de la marcha y a la idea de que tal vez no aparecieran los vehículos prometidos. En cambio, encontramos en la vía camiones y camionetas de uso militar, destruidos y quemados, pasamos sin detenernos frente a retenes de garitas vacías. Cuatro, había contado Elena. Cinco, la había corregido Elvira. Por terquedad o porque Elvira se obstinaba en tener la razón, insistía en discutir con Elena sobre el número de retenes que encontramos los primeros días. Estaba segura de que cinco. Cinco retenes vacíos, abandonados después de ser incendiados en los ataques entonces frecuentes de los insurgentes en huida. Nos dijeron que los ataques tenían el propósito de hacer daño al enemigo. Eso pasaba en el final de todas las guerras, los derrotados no aceptaban la derrota.

Vimos a lado y lado del camino campos desolados, casas antes prósperas y ahora en ruinas, hasta que acampamos frente a una propiedad cercada por altos muros de piedra todavía intactos, cubiertos de malezas. El lugar donde nos detuvimos a descansar y

\* Fragmentos de una novela en proceso de escritura.

donde pasaríamos la noche había sido un potrero con una poza en un costado, casi un lago, que en temporada de lluvias servía de abrevadero.

¡Increíble!, exclamó Elena al ver aquellos muros.

La visión de la casona fue la primera experiencia extrañamente grata para Elena, la prima Elvira y las personas que parecían saber algo de la extraña edificación entrometida en medio de un campo despoblado.

¡Mira!, señaló Elena con el dedo, tratando de llamar la atención de la prima. ¡La casa grande!

Elena había oído hablar de la mansión. Alguna vez trató de encontrar a alguien que pudiera llevarla a conocerla, pues de tanto en tanto era tema de habladurías entre los niños de su escuela. Le respondieron que conocerla era casi imposible, sobre todo desde el día en que la abandonaron sus dueños. Los nuevos ocupantes la habían convertido en una fortaleza protegida por decenas de hombres armados, pero quienes la conocían de otras épocas hablaban de un palacio de lujo jamás imaginado. Pertenecía a una familia cuyos miembros se perdían en los vericuetos de dos siglos. Se hablaba de una servidumbre de veinticinco personas y de paredes con retratos de varias generaciones, alineados de un extremo a otro hasta llegar a la primera pareja de la dinastía.

No conozco a nadie que haya estado allá adentro, dijo Elena a la prima Elvira cuando esta le preguntó por qué tanto misterio.

La casa fue hasta hace diez años visitada por gentes de las ciudades llegadas en lujosas camionetas blindadas que habían recorrido centenares de kilómetros para cumplir la cita. Por miembros de la servidumbre con familia en los pueblos vecinos, se sabía que los visitantes ocupaban las cuatro habitaciones del primer piso y las seis de la segunda planta. Diez habitaciones para las visitas. Se hablaba de parrandas que duraban todo el fin de semana, de mesas siempre servidas y de comensales que llegaban a cualquier hora, de helicópteros privados que aterrizaban en el antejardín. Presidentes, ministros y otros dignatarios visitaron durante años la casa. Los padres de los actuales propietarios habían muerto, pero era común hablar de los padres de los padres de estos hasta llegar a los últimos años del siglo XIX, cuando la casona fue construida siguiendo el modelo de las mansiones de la campiña inglesa, de allí la fascinación que ejercía entre quienes la visitaban y el misterio que provocaba en quienes, como Elena, se la habían imaginado siempre inaccesible.

La silueta que contemplaban era real e ilusoria al mismo tiempo.

No era fácil acceder al camino adoquinado que conducía a la mansión. En los últimos diez años, la casona se había convertido en una morada de fantasmas después de ser ocupada y usada como uno de los cuarteles generales de La Empresa. El derrumbe de su esplendor empezó el día en que sus dueños tuvieron que emigrar a un país vecino, acosados primero por las amenazas de los insurgentes que les pedían contribuciones para sostener sus ejércitos de campesinos en guerra, y después por el secuestro sistemático de miembros de la familia, asesinados y devueltos en bolsas de basura una vez que se habían pagado los rescates.

Elena nunca imaginó que un día pasaría frente a esta casa, a la que se llegaba desde la carretera por el camino adoquinado, cerrado al paso de los extraños por un alto portón de madera con remaches de hierro. Se mantuvo hipnotizada ante la silueta, viéndola como en un sueño cuando ya nadie podía distinguir sus contornos desde el lugar donde nos encontrábamos. Desde la carretera, recordaba Elena, se divisaron durante años las copas de árboles simétricamente sembrados a lado y lado del camino, pero al pasar frente a la propiedad y antes de que se diera la orden de acampar en aquel potrero sin bestias, nos dimos cuenta de que ya nadie habitaba la casa ni podaba los árboles ni cuidaba el adoquinado. Los últimos ocupantes abandonaron el fortín, para muchos una prisión y un refugio.

De la servidumbre no quedaba nadie. Unos habían sido reclutados a la fuerza por los insurgentes, otros se alistaron en los ejércitos de la organización que ocupara la casona hasta hace poco, y muchos otros murieron sin saber en cuál bando habían combatido.

Los aposentos de la casa grande, escuchó decir Elena por boca de una antigua empleada doméstica, eran hoy cuartos vacíos sin muebles ni ventanas, con el cielo raso invadido por tupidas telas de araña. No había quedado nada de valor después de los saqueos. Poco a poco, las vigas de madera, expuestas a la lluvia y al sol, empezaron a perder su consistencia y belleza. Los últimos años de guerra precipitaron su ruina. Era tanta la solidez de la edificación, que se necesitaría el paso de muchos años para precipitar su derrumbe. Pero no todo era misterio y belleza agonizante. La casona estaba rodeada por otra leyenda, esta sí siniestra y probable: en sus aposentos habían torturado a decenas de prisioneros llevados allí en las expediciones punitivas de La Empresa. Uno de los cabecillas de aquellos ejércitos privados había elegido la casa como centro de operaciones. La leyenda, confirmada por sobrevivientes que fueron desapareciendo uno a uno o silenciados por el cerco amenazante a sus familiares, decía que desde allí se impartían órdenes de asaltos o eliminación selectiva de enemigos; que muchas veces no se sabía quiénes entraban y salían de la mansión, soldados de ejércitos privados o efectivos de las fuerzas regulares que nunca hicieron nada para ocultar sus uniformes. Salían y entraban de madrugada o a altas horas de la noche. Cuando los torturados ya no podían decir una palabra ni mentir sobre el paradero de los bandidos, las torturas cesaban y los prisioneros eran asesinados a tiros o degollados, sacados en camiones en costales de fique y arrojados en las fosas comunes. Unos y otros, uniformados y particulares, asistían a los interrogatorios.

¡Cómo me hubiera gustado conocerla por dentro!, exclamó Elena. A la madrugada, empezamos a alejarnos de la casa. Todavía podíamos expresar sorpresa y perplejidad ante cada cosa vivida. En el curso de los días siguientes, Elena habló con nostalgia sobre el misterio de la casona y el magnetismo que ejercía, como si se tratase del castillo de un cuento de hadas. Deliberadamente, parecía el lado oscuro de la leyenda que habitaba la casa.

Desde los primeros días de marcha nos acostumbramos a ver cosechas podridas al pie del camino, esqueletos de animales sacrificados y descuartizados para servir de alimento a los ejércitos de uno u otro bando. Al anochecer del primer día, avanzando a oscuras por una estrecha carretera de dos vías, iluminados apenas por el brillo de algunas estrellas, nos cruzamos con un inesperado batallón de soldados de aspecto miserable transportado en camiones que hacían el camino en sentido contrario. Era una marcha espectral. Pasamos al lado de patrullas de policía que se desplazaban velozmente en camionetas destapadas, como si se dirigieran a dar apoyo a patrullas de combatientes acorralados. A duras penas saludaron a los cabecillas de nuestra caravana. En medio de un potrero, protegido por tendidos de alambre de púa enrollado en espirales, vimos los restos de un helicóptero enterrado en la hierba, al borde de un hueco pantanoso, con las alas partidas y las ruedas patas arriba. Si no fuera una imagen habitual y repetida en los últimos años, nos hubiera conmovido la visión de al menos diez cadáveres de civiles alineados en el suelo, a un lado de la vía. Eso explicaba el vuelo rasante de los gallinazos y el zumbido de los moscardones, grandes y oscuros como pequeños pájaros. Los teníamos que apartar de la cara a manotazos.

No mires, le alcanzó a decir Elena a la prima. Tendrás pesadillas.

Del primer al segundo día fue tan esporádico el paso de vehículos particulares o de guerra que temimos vernos sorprendidos por alguna cuadrilla de insurgentes. El vehículo que encabezaba la marcha iba protegido por hombres armados con fusiles AK-47 y subametralladoras de fabricación francesa. Temíamos encontrarnos en cualquier momento en medio del fuego cruzado de insurgentes, hombres de La Empresa y soldados regulares. A medida que avanzábamos era más frecuente encontrar vehículos inservibles. Habíamos sentido sobre nuestras cabezas el vuelo de helicópteros artillados y aviones de combate que se perdían hacia el oriente. En estas circunstancias, los intentos de fuga eran sencillamente suicidas.

Creo que es un *AH-56 Cheyenne*, dijo uno de los guardias armados fijando la vista en el primer helicóptero que aterrizó a la cabeza de la caravana.

¿Cómo lo sabes?, le preguntó su compañero.

El guardia le recordó que había pasado diez años en la infantería de marina, pero sabía de armas y de aviones. Un día pensó que le gustaría alistarse en la fuerza aérea. Con el tiempo, abandonó el sueño de convertirse en piloto de aviones de guerra.

Una vez al día, muy temprano en la mañana, caían de los helicópteros pacas con alimentos. Siempre lo mismo: frijoles, lentejas, arroz, papas, cebollas, aceite de cocina. La operación se volvió rutinaria. En una ocasión, al tercer día, un helicóptero de combate, más moderno que el helicóptero de carga desde donde se arrojaban las pacas, tocó el suelo cuarteado de las orillas de un río. Descendieron de él tres oficiales de las fuerzas regulares con pulcros uniformes caquis

e insignias. Partirían de nuevo, una hora después, dejándonos con la sospecha de que eran socios o amigos de La Empresa.

La caravana se detuvo.

¿Por qué paramos?, le preguntó Elvira a la prima.

No sé.

Al rato subieron al aparato tres hombres de camuflado. Doce horas más tarde, descendieron más uniformados. No se supo si se trataba de efectivos de las fuerzas regulares o de combatientes de La Empresa que vestían uniformes de la fuerza pública. La confusión se produjo de nuevo, como si obedeciera a un plan concebido para despistarnos. Lo que nos importaba no era ver subir o bajar personal civil o uniformado, efectivos de La Empresa o de las fuerzas armadas, sino saber si ese día habían arrojado alimentos desde el helicóptero de carga.

¿Raro, no?, dijo para sí Elena.

¿Raro qué?, le preguntó la prima.

Esos helicópteros son del ejército.

Las pacas con alimentos eran almacenadas en la carreta tirada por un caballo que, detrás del camión militar, encabezaba la marcha, según nos dijo con tono desprevenido uno de los guardias. Tenemos prohibido recoger alimentos en la vía. No se van a morir de hambre, dijo. Estamos preparados para levantar carpas de lona y protegerlos de la lluvia, añadió cuando se le preguntó si íbamos a dormir a la intemperie.

Esporádicamente, en un eco de origen remoto, se escuchaban estruendos de bombardeos y de artillería pesada. No se podía saber a qué distancia se estaba combatiendo. Debía de ser muy lejos. Las montañas reproducían el eco. O el eco se había quedado en los oídos de muchos como un fastidioso registro de la memoria.

En la mañana del segundo día, los guardias pasaron por cada grupo entregando un plato hondo de plástico amarillo, una cuchara y un vaso de aluminio. Debíamos cuidarlos como si fueran nuestros. Podíamos conservar platos, vasos, tazas, cubiertos o recipientes propios, las totumas y las rústicas cucharas de madera que algunos se habían fabricado. Se prohibía el porte de cuchillos y trinchas de cualquier material. Si nos encontraban con uno de estos instrumentos, no solo sería decomisado, sino que su dueño sería severamente sancionado.

Al atardecer del tercer día pasamos sin detenernos al lado de un grupo de ancianos en harapos. Pedían ayuda con las manos levantadas, como si les costara mucho trabajo articular palabras o hubieran enmudecido de repente. Esperaban disciplinadamente de pie, haciendo desesperados gestos de auxilio. No era una pesadilla. Diez o más ancianos, hombres y mujeres, haciendo débiles gestos con las manos, suplicaban que los sacaran del lugar. La escena podía ser una pesadilla pero no lo era. La caravana debía dirigirse a alguna parte, debieron de haber pensado

los ancianos. Ellos, en cambio, no tenían adónde dirigirse. Quizá habían desembocado de casualidad en el lugar, al pie de una antigua, desvencijada planta procesadora de leche. La caravana de hombres, mujeres y niños que los ancianos veían pasar les había abierto por unos instantes la esperanza de llegar a un sitio seguro. A alguna parte, a un lugar menos inhóspito que ese donde esperaban.

Se nos dijo después que eran sobrevivientes escapados de una residencia de ancianos, espantados por los bombardeos de las últimas semanas y las incursiones sorpresivas de los insurgentes. Se suponía, según las coordenadas dadas por los informantes, que el pueblo de donde los ancianos salieron era una guarida de bandidos. Desde hacía días era el cuartel de paso de un grupo de insurgentes fugitivos. Los bombardeos no les habían dado otra opción: combatir en franca desventaja o huir. Después de la huida de los rebeldes, los ancianos también huyeron despavoridos, abandonados por médicos y enfermeras. Cuando quisieron volver, encontraron la casona que servía de asilo destruida por las bombas y el ametrallamiento de las incursiones terrestres. Vimos en total trece ancianos. Tal vez fueran más, quizá hubieran elegido otro rumbo.

Si se miraba hacia atrás, recordó Elena, como si se tratara de la imagen congelada de una fotografía, el grupo de ancianos parecía un mojón de desechos inmóviles en la vía. Tuvo que entregarse a cavilaciones sin salida antes de aceptar que aquel no había sido recogido y sumado a uno de los otros grupos para evitar que murieran en plena caravana y tener que enterrarlos a un costado del camino.

¡Pobres viejitos!, dijo Elena.

¿Por qué no los recogieron?, preguntó al viejo de las muletas, refiriéndose al grupo de ancianos. El viejo se estaba convirtiendo en el más cercano de los conocidos.

Si le digo lo que pienso, va a creer que soy un malpensado, respondió el hombre. Los viejos son un estorbo, añadió sin ironía. **C**

## Una sensibilidad seca...

*Una sensibilidad seca. Dentro de ti tus raíces se quiebran como cuerdas. Te poseían todo: cuerpo y alma. No tolera de mí la moldura imperfecta. Es cruel cuando no ve de mí el sacrificio. No hay nada más terrible que un ojo. Esos horcones han crecido con mi sangre, bordados mis defectos sobre su indiferencia. Una sensibilidad seca, donde se cruzan una vez lo imposible y lo inevitable.*

## Del cielo cuelgan...

*Del cielo cuelgan mis amados trajes por un hilo encarnado: de niña y de muchacha. Se puede desterrar al corazón y construir con ellos una tríada deforme. Les he prestado mis brazos que me anudan. Con un pie navegar, pisar mi propia sangre con el otro.*

## Mi cabello cortado...

*Mi cabello cortado adornará mi silla, y sus hebras más largas darán indicio a mis caminos. Con el traje de un hombre y una tijera en mano se esperará el milagro. Busca en mí. Llámame por mi nombre más profundo. Para quienes amo quiero llamarme.*

## La noche hermosa...

*La noche hermosa sobre otro veneno. No respondas por ti, que la razón es una bestia helada. Descubre tu cabeza, obligada a llevar esos collares falsos. Sin vocación llego a ser su enemigo. La osadía de mi reclamo solo obtendrá el responso que castiga la severa falta de un niño pequeño. Convertida en la piedad del mundo cuando nadie se apiadará de ti. «Si las raíces dan contra la roca», acaricia y protege a tu verdad. Tú la has legitimado. **C***



De la serie *Sartre*: s/t, 1960.

QUINCE DUNCAN

## Don Pedro

Don Pedro sirvió dos copas de vino tinto y se acomodó en la cama, consumiéndose debajo de la sábana. Minutos después, Lavinia salió del baño, luciendo ropa interior roja –un conjunto que resaltaba la belleza de su piel.

Don Pedro alcanzó las dos copas y con un gesto de galantería le pasó una. Brindaron por el éxito de sus negocios futuros.

–Y por el amor –dijo ella.

–Por el amor –respondió él.

Instantes después ella se consumió debajo de la sábana para devorarlo. Enseguida fue galope de potro, brioso, exagerado, irracional, como si el mundo fuese a llegar a su fin. Movimientos rítmicos, rayando en la locura, y luego acostarse y repetir «amor, amor», hasta el cansancio.

Don Pedro se levantó y fue al baño para echarse un poco de agua fría. Tal era el secreto que le revelara su padre la noche en que lo llevó a que perdiera su virginidad. Regresó a la cama. Ella se levantó y caminó lentamente hacia el baño –su espalda hermosa, bien construida, su cintura perfectamente marcada, sus caderas anchas orladas por unas nalgas perfectas. Y sus piernas... ¡No tenían rival, esas piernas!

Don Pedro estaba pensando en esa forma deliciosa de consolar su viudez, cuando ella salió del baño, luciendo un fustán color fucsia. Temblando de emoción, él sirvió más vino.

–Te he visto mal estos días.

–No he podido recuperarme de los dos golpes que me he llevado. La muerte de mi hija ha sido una cosa terrible. Muere sin dejar descendencia. Y de alguna forma creo que es culpa mía. No sé,

Revista Casa de las Américas No. 266 enero-marzo/2012 pp. 83-87

tengo esa sensación de culpa inexplicable. Me he soñado con ella. La he soñado reclamándome, porque dice que el marido la mató.

—Pero eso no fue así.

—Sí, todos sabemos que se murió en el accidente. Pero igual sueño.

—A lo mejor se fue con la Tía huyendo de su marido. Vaya uno a saber por qué andaba de paseo con ella, sin decirle nada a ninguna otra persona. ¿Y la Tía no ha dicho nada?

—Está en *shock*. No habla. No dice nada. Solo pide agua y agua y agua.

La joven sacudió la cabeza con desconcierto. No sabía qué hacer. Podía ahogarle en besos; agarrar su cuerpo de cualquier forma, arrancarle los más inéditos suspiros. Podía recorrer su cuerpo y verlo allí, a su total disposición. Era una sensación de empoderamiento, de feminidad total. Podía alejar de él las congojas de sus negocios y devolverle años de vida. Pero no lograba arrancarle la tristeza de la ausencia de su hija.

Fue él quien cambió el tema. Introdujo uno todavía más problemático, porque era una combinación de patriarca frustrado y padre bueno que en algún momento levantó un muro entre él y su hijo. Comenzó a hablar de Guiller.

—O sea, una muerta y el otro como si lo estuviera. Eso fue una falta de respeto, me refiero a la manera en que me habló. Fue una falta grave. Imperdonable. Lo desconozco. Y digo yo, ¿para quién estoy trabajando ahora? Para un zángano que odia a su padre. Un bueno para nada, que solo me falta que se le ocurra casarse con el tal Mario.

—A ver... En primer lugar él no te odia. Solo se está rebelando contra un padre que es un portento. ¿Cómo se desmarca uno de un padre así? Solo a golpe y porrazo. Solo así...

—Tenía esperanzas de que se casara con la primera y única mujer que le hemos conocido. Pero como por una ironía del destino, fue mi propia hija quien arruinó todo. La verdad es que ella nunca estuvo de acuerdo con el matrimonio. Odiaba a Alicia. La odiaba a muerte y no se sabe por qué. Mejor dicho, la odió a muerte.

—Así de dañinos son los cuentos y las malas influencias.

—Ese matrimonio iba a ser una bendición. Iba a ser la prueba de que él es varón, la posibilidad de herederos para la fortuna que he ido amasando. Y de paso lo alejaba de la mala influencia del cochino gigoló.

—*Pete, Pete*, no exagere. Es un masajista. Trabaja en un gimnasio decente.

—Es un vago sin nada útil que hacer. Mejor no sigo.

Salvo por esos momentos, su vida comenzaba a perder sentido. Iba muriendo en él la motivación y ese es, por cierto, el primer peldaño del camino a la muerte. Se sentía impotente también. Porque todo el dinero del mundo, todo el dinero que tenía, su buena posición social, su influencia política; nada, nada de eso compensaba el vacío enorme que crecía en él y que solo ella consolaba. Pero era un consuelo temporal, que duraba mientras estaban juntos. En ese momento pensó que a lo mejor la solución era casarse con ella.

—¡Cómo me gustaría tener un hijo del cual sentirme orgulloso!

—Adopte a Carlini.

—¿Me estás proponiendo matrimonio?

—Estoy hablando de Carlini. Te adora.

—¿Quién es el papá?

—*None of your business, Pete. ¡Hello!*

Lavinia era la abogada de la empresa. Entró como una simple profesional y fue ascendiendo hasta convertirse en su asistente. Varias veces había considerado hacerla socia.

Durante un buen rato estuvieron en silencio. Como si se hubiesen agotado las palabras. Luego pasaron a hablar de negocios.

Don Pedro no había tenido una semana fácil. Estuvo en peligro de perder un millonario contrato con el gobierno. Estuvo a punto de echarlo todo por la borda, angustiado por la tragedia de la muerte de su hija, que lo dejó sin herederos. Y claro, lo de la sexualidad dudosa de su hijo y el fallido matrimonio. Todo su mundo se venía abajo.

—Ya repartí todas las comisiones. La del exministro de primero.

—¿Le dio los veinticinco mil?

—Sí, veinte mil a nombre de su esposa en un banco panameño y cinco mil en la mano para que los reparta entre los funcionarios a su cargo. Y lo de Nolan también. Ese es un sinvergüenza, porque sé de buena fuente que la empresa le da comisión a él. Pero es como una sanguijuela.

Dándose por satisfecho, quiso servir otras dos copas de vino, para brindar de nuevo por el éxito en los negocios, pero accidentalmente descubrió bajo el fustán fucsia un cuerpo tibio y dispuesto.

En la madrugada regresó a su casa. Tenía insomnio. Era demasiado intensa la actividad para su edad. Era un insomnio extraño, un poco de temor a dormirse y no despertar. Se sentó en la sala, y sirviéndose un trago de whisky en las rocas, se puso a ver un programa de la televisión.

A las seis se disponía a ir al baño cuando timbró el teléfono. Era ella.

—Arrestaron a Bolas. Va para la cárcel sin remedio.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. Me mandaron un correo al respecto. Un chavalo que siempre me pasa los santos.

—¡Pero, cómo pudo ser!

—Breedman cantó. Les echó todo el cuento. Y van por Nolan. Hay una grabación.

Puso el teléfono. Y se quedó frío. ¿Qué hacer ahora? Se sirvió otro whisky y lo tragó a tiempo para atender la siguiente llamada. Era de Nolan.

—Tengo que tomar una decisión con el Bolas. Ayer me dijo que lo llamó el presidente. Quieren discutir lo de la comisión. La oferta de la competencia es cuatro millones de dólares menos que la nuestra.

—Nolan, ¡que no vengan con eso ahora! Eso ya lo sabían.

–Sí, pero usted sabe cómo son las cosas. Piden algunos ajustes para cuadrar el asunto. Hay que arrimar algunas extrillas. Piden otro millón.

–¿Cómo que piden otro millón? Al sinvergüenza del exministro ya se le olvidó quiénes le financiamos su campaña.

–Los políticos son un asco.

–Pues como que tienen complejo de barril sin fondo.

–Sí, pero las cosas son así. Hay un tal Saningo que quiere un millón. Lo ponemos entre los dos.

–A ver. Aunque hubiera tenido que poner esa plata, no la pongo. Ese muerto de hambre está loco. Pero ni usted ni yo tenemos que poner nada, porque al Bolas ya lo arrestaron. Anoche.

–Habrá que negociar.

–Los van a arrestar a todos.

–Pues, bueno. No sé. A mí me parece bien. Pongo la plata y luego me lo devuelve.

–Nolan, Nolan, no me está oyendo. Póngame atención. Al Bolas Castrillo lo acaban de arrestar.

–¿Qué?

–Arrestaron al exministro. Al Bolas Castrillo. Y van por los demás.

–¡No puede ser!

–Así como lo está oyendo.

–Pero, ¿por qué arrestaron al huevas ese?

–Por corrupción.

–Pero...

–Lavinia me acaba de llamar. Breedman cantó. Cantó todo. Es en serio. Y dice que mañana habrá orden de captura para los demás. Usted está en la lista.

–¡Cabrones! No me pueden probar nada.

–Tienen una grabación suya negociando con el Bolas. Lo filmaron.

–¡Idiota!

–¿Quién hizo la grabación, Nolan?

–Es que la iba a usar en contra del ministro. Por si acaso.

–Pues la van a usar contra usted. Viene un *show*.

–¿Y usted, qué va a hacer?

–No hay manera de vincularme con el negocio.

–Pero a Lavinia sí.

–No, no hay forma de vincularla a ella. Pero en todo caso ella solo seguía órdenes. Hubo un silencio y luego una exclamación.

–¡Me lleva el diablo!

–Yo siendo usted me iba del país. Coja un carro y salga por Nicaragua.

–Pero es que...

–Váyase ahora mismo.

- Pero es que...
- Váyase a Bengala o adonde sea.
- Pero es que yo no creo que...
- Pase la frontera temprano, antes de que abran los juzgados y den la orden de captura.
- Lo que pasa es que no creo que usted me entienda. Tengo que ver cómo...
- Coja sus cosas y salga ahora mismo del país antes de que llueva.
- ¿Cómo «antes de que llueva»? Pero si estamos en pleno verano y está saliendo el sol.
- Va a llover, Nolan, ¡aunque usted no lo crea, va a llover mierda! **C**



De la serie *Crisis de Octubre*: s/t, 1962.

RENATO ROSALDO

## Oda a mis zapatos

*Z*apatos, ustedes me esperan todas las mañanas  
en el suelo, uno junto al otro, para que los llene.  
El calzador se desliza por mis pies  
entre sus talones y cordones.  
Ceñido por su firme fidelidad,  
Los camino por la calle.  
Mi paso les da forma, los gasta  
más en el talón que en la punta,  
más del lado de afuera que del de adentro.  
Absorben los olores húmedos de la descomposición,  
los surcos de mis uñas que se vuelven más gruesas.  
Protegen mis pies mientras camino por la Calle 15  
hacia el Mercado del lado Oeste y los rayo  
en la acera cuando trato de mantener el equilibrio,  
porque soy un navío que envejece y tira a la derecha.  
Un hombre que pide monedas baja su vaso de papel,  
Tenga un buen día, espero que se sienta bien, dice.  
A partir de ahora, zapatos, podríamos simplemente declinar.  
Podrían desgastarse como yo, a medida que envejecemos,  
más frágiles, quizá, un día, inmóviles.

# Ghazal del amor inesperado

*Nadie conocía el gozo de la comba de tus muslos  
las petunias oscuras que reposan en tu pelvis, suspiro.*

*Nadie conocía la mariposa naranja que tu risa  
y tu mirada de soslayo han mantenido cautiva, suspiro.*

*Durante tres noches saboreo los contornos  
de tu espalda y tu vientre, un primor, suspiro.*

*Verte desnuda es recordar una tierra  
llana sin caballos, sésamo con miel, suspiro.*

*Verte desnuda es conocer una lluvia inquieta  
que humedece la forma de tu cintura, suspiro.*

*Una brisa luminosa de menta y canela  
acaricia mi lengua y mis muñecas.*

*Los sonidos trazan en letras la promesa de un tatuaje  
grabado con fervor, por vida, suspiro.*

*Te ofrezco mi nombre, Renato, renacido, mi ser  
tuyo, ráfagas de viento de los cedros, suspiro. ©*

Traducido del inglés por Sofía Fiallo



De la serie *Playa Girón*: s/t, 1961.